

„qüestiones que pertenecen à la moral, tienen siem-
 „pre pronta la solucion en nuestro corazon, &c.“
 Si los hechos de la Religion pueden probarse con
 este genero de argumentos, que son los mas cons-
 tantes de todos, ¿qué falta pueden hacerle las demos-
 traciones geométricas? „La existência de Cesar no
 „se demuestra como los Teoremas de geometría.
 „¿Esta es alguna razon para dudar de ella? (1)“

§. V.

Luego la fé, me dirán, no es de alguna ne-
 cesidad en el negocio de la salvacion? *Luego cada
 uno podrá adorar el Sér supremo, y tener por sus pro-
 prias fuerzas el espíritu de la Religion?* Esta conse-
 quencia, que es de Voltaire (2), contiene toda la
 pretension del Deísmo, y parece que se infiere de
 la propria doctrina que damos contra él.

Si estas consecuencias valieran algo, hubieran
 sido antes de ahora satisfechas por todos los que han
 escrito *demonstraciones evangélicas*; pero no se piense
 que quantos nos esforzamos à mostrar lo irresistibles
 que son los documentos y pruebas de la Religion
 Christiana, tratamos de hacerla una Religion natu-
 ral. No confundirémos por esto à la fé con la cien-
 cia, ni à la evidencia con la credibilidad, ni à la ra-
 zon humana con la revelacion soberana. Para eso
 conviene advertir, lo primero que la Religion Chris-
 tiana tiene, al modo que Jesu-Christo, dos natu-
 ralezas, una divina, otra humana: una palpable,
 otra

XVIII.
 Se responde à
 un argumento.

(1) D^e Alemb. tom. 4. De l^e abus de la critique, &c. pag. 314.

(2) Voltai. Mélang. pag. 78.

otra invisible. En los Sacramentos tenemos la mis-
 ma combinacion de especies, una sensible, otra in-
 sensible; una que se vé, otra que se cree; una ter-
 rena, y otra celestial; proporcionados siempre à su
 Autor que es hombre y Dios; y à nosotros los hom-
 bres, que somos corporales y espirituales. A esta
 forma es toda la Religion Christiana, para sernos
 util, y semejante à Christo.

Los que conocieron à nuestro Señor no necesi-
 taban de fé para creer su humanidad, ni para per-
 suadirse à que dijo tales y tales sentencias que le
 oyeron, ni para estar ciertos de que obró estas y
 las otras maravillas que le vieron, ò de que parti-
 ciparon; como lo estaba el jovencillo nacido ciego
 que recibió la vista; y Lazaro que fue resucitado;
 y aquellos que fueron con cinco panes alimentados
 en el desierto. Todas estas cosas las sabian por evi-
 dencia, por experiencia, ò por cierta ciencia. Pero y
 qué? No era necesario mas para ser Christianos? Esto
 es lo que no dirá alguno, que verdaderamente lo sea.
 La evidencia y la fé tenían cada una alli su lugar, y
 lo que aprovechaba menos para su salud, era la evi-
 dencia. Porque ¿quántos vieron y no creyeron?
 ¿Quántos experimentaron sus maravillas, y no lo
 confesaron, sino antes lo persiguieron por ellas, lla-
 mandole Samaritano y endemoniado?

La evidencia era suficiente para hacerlos ines-
 cusables; mas no bastaba sin la gracia del Espíritu
 Santo para hacerlos fieles. Esta divina luz venia so-
 bre el conocimiento de las obras y cosas visibles
 de Jesu-Christo, y por virtud de ella creían en
 su divinidad, y en los demás mysterios que no
 veían. Santo Thomás tocó y experimentó la ver-
 dad

XIX.
 Como hay en
 Christo dos na-
 turalezas.

dad de la humanidad, y creyó sobrenaturalmente la divinidad oculta. Una cosa vió (dice San Gregorio) y otra creyó (1). Vió al hombre y confesó à Dios. *Dominus meus, Deus meus.*

XX.
Las verdades históricas de la Religión pueden saberse por demostración: no así los misterios.

Conforme à esta diferencia hecha en Christo, tenemos tambien diferentes verdades en la Religión; unas que de sí mismas son soberanas è inaccesibles à los sentidos y à la razon sin la lumbre sobrenatural, ò de la fé, ò de la gloria; como el misterio de la Trinidad, la divinidad de Jesu-Christo, y otras verdades inefables, que solo conoceremos en Dios quando le veamos asi como es. Otras que de sí mismas son naturales, de la esfera de la razon humana, y aun de los sentidos. Tales son los hechos que se refieren en los libros historiales, asi del viejo como del nuevo Testamento. Si nos hallamos presentes à todos aquellos sucesos y personajes mientras que sucedieron y vivieron, los conoceríamos aun de vista. Como que hubo un Moisés, un Josué; que una columna de nube iba delante del pueblo; que el Sol y la Luna estubieron en su orden y no traspusieron hasta que fueron batidos los Gabaonitas; que el Sol se obscureció en la muerte de Christo, y la tierra fue sacudida por un terremoto. Estos hechos históricos, aunque fuesen milagrosos, no hemos dejado de conocerlos ni de verlos, sino porque no vivimos en aquellos tiempos, ni estubimos presentes quando sucedieron.

Ya hoy no podemos saber y creer aquellas cosas pasadas sino por testimonio ageno. Este puede ser

(1) Greg. Max. Homil. 26. in Evang. Aliud vidit, aliud credidit. A mortali equippe homine divinitas videri non potuit. Hominem ergo vidi, & Deum confesus est, dicens: Dominus meus, & Deus meus.

divino ò humano, ò uno y otro. Los Christianos que no queremos arriesgar nuestra razon y nuestra salud à testimonios humanos, creemos mejor à la autoridad divina: pero los que no quieren creer al testimonio divino, se hallan cogidos y cercados, de modo que tampoco pueden negar aquellas cosas por la fuerza de los documentos humanos.

Aqui viene la oportunidad, y la necesidad de las demostraciones Evangélicas. No se escriben éstas, para que los fieles crean, sino para que los impíos no contradigan. No intentamos hacerlos abrazar la Religión por la razon natural, sino demostrarles que la razon natural no sabe verdad alguna que esté mejor fundada que lo está nuestra Religión; para que asi se confundan, y ya que desmerezcan el don y la gracia de creer, tampoco tengan alguna consolacion ò excusa para no creer. Además, que pueden algunos sábios Theólogos demostrar de tal modo algunas verdades del segundo orden, que tengan ciencia cierta de ellas (al menos mientras les convence la demostracion) y no fé; como digimos del artículo de la exístencia de Dios, y lo mismo se puede decir de la autenticidad de los libros santos, y de la verdad de las profecías cumplidas, y otros hechos contenidos en la Escritura. Todo esto puede saberse por la razon natural, y asi como lo conocieron por evidencia quantos entonces vivieron y lo vieron, así pueden conocerlo por demostracion moral los que viven hoy, y exâminan los documentos de aquellos hechos. Por esto en los sábios es menos la fé, ò de menos cosas que en los simples y rudos; y otro tanto son estos humildes mas dichosos, porque no vieron, y creyeron.

XXI.
Sabemos hoy por fe lo que vieron otros y supieron por experiencia.

XXII.
Pero aun hoy puede demostrarse lo que otro tiempo era evidente. Esta es la demostracion Evangélica.

XXIII.
Preferimos siem-
pre la fé de los
humbles à toda
ciencia.

No permitia la bondad de Dios que, presumien-
do ser sábios en nuestro corazon, queramos hacer
clase aparte y salir de en medio de los párvulos y hu-
mildes. ¿Qué tiempo dura la ilustracion humana,
aun sobre éstas verdades que se sujetan à ella? Yo
la comparo à la luz brillante pero repentina del
relámpago en una noche oscura y borrascosa: Un
instante despues que hizo una tremenda repercucion
en los ojos, y nos dejó ver hasta las aristas del suelo,
quedamos mas aturridos y deslumbrados que antes.
Así es la impresion que causa la demostracion de
algunas verdades altas: despues que ha pasado, nada
vemos fijo, como sucede à los Pyrronianos. Si no
reservamos siempre en nuestro pecho la lucerna de
la fé, despues de la curiosidad nos perderémos en la
incredulidad.

¿De dónde tantos falsos sábios que segun anun-
ció el Señor (1), viendo no verán, y acostumbra-
dos à no entender sino por las luces de su razon,
andan en tinieblas? Porque nuestras demostracio-
nes no ganan esta virtud y firmeza de creer que
nos trae solamente el don del Espiritu Santo, y es la
fé. Ningunas argumentaciones engendran ésta (2),
si no sobreviene el auxilio divino. Todos los discursos
sobran para el que cree, y ninguna demostracion
basta para el incredulo. Pero callen estos à lo me-
nos, y confiesen que en serlo no resisten mas à la
Religion que à la razon; porque los testimonios de
la

(1) Matth. 13. v. 4. Et adimpletur in eis profetia Isaiae dicentis: auditu audieris, & non intelligetis; & videntes videbitis, & non videbitis.

(2) Huet. Præfat. ad demonstrat. Evang. n. 4. pag. mihi 4. Quamvis autem nostræ Religionis elucescat inde (ex demonstratione) manifeste veritas, nullæ tamen ad capessendam fidem sufficiunt argumentationes, nisi accedat gratia Jesu-Christi, cujus solius ope fidem eam consequimur, &c.

la Religion son demasiadamente creibles à todo
(1) hombre.

Quando entramos à probar la exístencia de la
Iglesia Christiana, llegamos à evidenciar un argu-
mento mas cierto y claro que el establecimiento de
ningun otro gobierno ò Estado. El cumplimiento de
las profecías que la precedieron y anunciaron, es
igualmente notorio, al menos en muchos puntos;
como en la ruina de la Ciudad y del Templo, en la
disipacion de la Sinagoga, en la traslacion del Sa-
cerdocio legal, y tambien en la permanencia del
nuevo, con el segundo Pacto desde antes de la Luna
(2) ò de la raza de los Ismaelitas, que aun dura, para
dar tambien testimonio de nuestra verdad, como
lo estan dando los protervos Judios.

El nacimiento del Mesías, su muerte, y toda su
historia es una cadena de hechos tan testificados, no
solo por los monumentos divinos, sino tambien
por los profanos (3), que no hay alguna otra vida
ò historia civil tan justificada y dificil de dudarse.
La doctrina que predicó, y las señales maravillosas
con que la confirmó, deslumbraron à sus envidiosos
è incrédulos enemigos; y aun de esta invidia da tes-
timonio la muerte iniqua que le procuraron.

La eleccion del Apostolado, su predicacion, y
los hechos mas notables de cada uno de estos invia-
dos, manifestaron al mundo la reciente Iglesia, y
la vocacion de todos los hombres à ella. Las claras
señales con que Dios confirmó por todas partes los
sermones de sus Apostoles, hicieron enmudecer el
fu-

(1) Psalm. 92. v. 7.

(2) Psalm. 71. v. 5.

(3) Apud Tertulian. Apologet. cap. 5. & 21. & Justin. Apolog. 21.

XXIV.

La promulgacion
y el estableci-
miento del Evan-
gelio es mas cla-
ro que el de nin-
guna ley ò Rey-
no.

230 LIBRO I. PARTE II. DISCUR. PREV.
furor de los Judios, y la crítica de los Filósofos. De estas señales dieron testimonio, no solamente dos ò tres testigos sujetos à excepciones, sino dos y tres mil que cada instante se rendian à la predicacion Apostólica, y no solo recibian el bautismo de agua, sino el de sangre, con que firmaban la sinceridad de lo que creían y veían.

¡Quántos hombres hechos de perseguidores, se-
quaces; de lobos rapáces, corderos pacientes; de ver-
dugos y sacrificadores, víctimas inmoladas; de in-
viados por la Sinagoga contra Jesu-Christo, invia-
dos y Apóstoles por Jesu-Christo!

XXV.
Los testimonios
humanos no cer-
tifican la pala-
bra divina, co-
mo dice Rous-
seau, sino con-
funden la incre-
dibilidad humana.

No se quejen mas los incrédulos de que hayan
sido menester tantos testimonios humanos para certi-
ficar la palabra divina (1). Dios podia quejarse mas
bien de ellos, porque le han precisado (por el amor
de salvarnos) à dar tantos documentos humanos en
comprobacion de su divina palabra, que es justifi-
cada en sí misma. Con todo, ellos nos dejan ver
en su dureza que todos los testimonios alegados,
asi divinos como humanos, no les merecen algun
respeto, y piden otras pruebas y señales impertinen-
tes.

§. VI.

¿Qué sería si la revelacion de Dios se probá-
ra solamente por hablas interiores, por visiones
imaginarias, y por señales espirituales y sobre los
sentidos? ¿Qué dijeran en semejante caso estos mal-
dicientes contra la Religion Christiana? Entonces
cla-

(1) Rousseau Letr. pag. 99, Le Vicair se plaint que il faille tant de témoig-
nages humains pour certifier la parole divine.

clamarian con una sin razon menos notoria: que
nuestra Religion se ha fundado por el fanatismo,
y se sostiene sobre la hypocresia (1). Entonces fue-
ra ciertamente la Iglesia poco diferente de una
secta de Quakers ò de Prosestantes, donde no se
pide mas prueba que el decir cada uno, que asi lo
habla en su cabeza el Espiritu Santo. Aqui se resol-
vería todo en sueños y mareos de mugercillas, y
de gente liviana, caldeada por un fuego fatuo ò ar-
repticio. ¡Qué camino tan abierto à fraudes, si el
mismo Dios hubiera de hablar à cada uno, ya en el
fondo de su corazon, ò ya por una voz perceptible
à los oídos, como quieren estos necios Filósofos (2)!
Si por la voz interior; vé aqui una Babylonia con-
fusa de lenguas y de voces diferentes, entendiendo
cada uno por la voz de Dios à la voz de sus apetitos
ò fantasías. Si por alguna voz sensible; vé aqui he-
cha la Religion una escuela de locos, esperando cada
uno oír la voz del cielo: tras de esto iba el uso de
los oráculos del Paganismo, y la necesidad de los
Idolos vanos ò huecos que personasen las voces y
falacias de los abominables Sacerdotes.

¿En qué se funda pues el mas argumentador de
los nuevos Filósofos para decir, que era mejor oír ha-
blar (3) al mismo Dios? Que esto no le costaría mas
à su divinidad; y que asi estaríamos à cubierto de
qualquiera seduccion? Se conoce bien que estas almas

XXVI.
Quieren que la
Religion se prue-
be con visiones
y revelaciones
singulares. Es
decir, con un
fanatismo.

(1) Rousseau ibi. pag. 76. Elle s'est établie par le fanatisme, & se main-
tient par l'hypocrisie.

(2) Ce que Dieu veut que un homme fasse, il ne le lui fait pas dire par un
autre homme, il le lui dit lui meme, il l'écrit au fond de son cœur. Emil. tom. 2.
pag. 162.

(3) Id. tom. 3. pag. 130. J'aimerois mieux avoir entendu Dieu lui meme;
il ne lui en auroit pas coûté davantage, & J'aurois été à l'abri de la seduction.

disipadas han tratado poquisimo con Dios, ò (como se dijo (1) del jóven Samuel) que aun ignoran al Señor. Si suspiran por quan sospechosa es tenuta en la Iglesia esta materia, y vieran los peligros en que andan de ser iludidos los que quieren apacentarse con estas revelaciones divinas, no hablarán tan neciamente como una de estas mugercillas fatuas que sueñan tales coloquios. Se transforma muchas veces Satanás en Angel de luz, y hace creer y obrar las cosas que no convienen, ni dice Dios. Nuestro cerebro puede ser agitado en diferentes maneras, ya por pasiones naturales, ya por ministerio externo, y entonces quiere andar en cosas altas, y en maravillas que son sobre nosotros. Estoy seguro de que tratar estas cosas con los Filósofos, es hablar à sordos. No se han puesto nunca en el trabajo de conocer al hombre interior, y es muy cierto que si tales genios fueran nuestros maestros de espíritu, harian à muchos pueblos visionarios y furiosos.

¿Pero qué? no habló Dios por sí mismo à las naciones? *Aunque esto ne le costó tan poco*, como dicen nuestros Pseudo-filósofos; pero al fin, se humanò, y como habia prometido (2), *se dejó ver en la tierra, y conversaba con los hombres*. El que en otro tiempo hablaba por medio de los Padres y de los Profetas; habló novisimamente (3) en el hijo, por quien hizo los siglos. Ni por esto faltaron incrédulos tan perversos como los de hoy, que no quisieron oír su voz, y conociendo que era el enviado

(1) 1. Reg. 3. v. 7.

(2) Baruc. 3. 38. In terris visus es, & cum hominibus conversatus est.

(3) Ad Hebrzos cap. 1.

y el heredero, le sacaron de (1) la viña, y le crucificaron fuera de la puerta de la Ciudad (2).

Dirán los Incrédulos de hoy que entonces habló à otros. Ellos quieren que venga cada mañana y hable, como entonces, à cada uno de los hombres que viven. No se negaría la infinita bondad de Dios à todo esto, si fuera necesario, para enseñarnos el camino de la paz y salvarnos. ¿Pero dejarían los Incrédulos con eso de serlo? ¿Qué cosa habria mas repugnante à la vida que hacen muchos, y à la soberbia de nuestros Filósofos, que los exemplos y lecciones que dió Jesu-Christo por sí mismo, y en su misma persona? Hubiera Sophistas de mayor malignidad que los de entonces, que salieran à argüirle de pecado; que tubieran à su doctrina por locura; à sus prodigios por prestigios, y à todas sus obras y palabras por reprehensibles. Diciendo están, *que su doctrina es de una cabeza mareada*, ò de un loco, como dijo entonces Herodes, que era un impío segun el modelo de muchos *bellos spiritus* de nuestro tiempo (3). No falta hoy (4) quien esté juzgando la predicacion que hizo Jesu-Christo; el rigor con que habló à los Fariséos en algunos de sus sermones; y sobre estos cargos le estén formando otra vez el proceso de muerte. Nada de esto falta hoy dia: solamente les falta la ocasion de crucificarlo en efecto, y en su misma persona. Este crimen añadirían à sus pecados, si Dios viniera otra vez à ha-

Tom. III. Gg blar-

(1) Matth. 21. v. 39.

(2) Ad Hebr. 13. v. 11. 12.

(3) Rouss. letr. pag 84. Qui scait jusque óu les meditations sur la divinité, jusque óu le enthousiasme de la vertu ont pu dans leurs sublimes ames troubler l'ordre didactique & rampant des idées vulgaires? Dans une trop grande elevation la rece tourne, & l'on ne voit plus les choses comme elles sont.

(4) Dictionair. philosoph. art. Pharisiens y en el libelo intitulado *Tudelar Jesu*

XXVII.
Piden los Incrédulos que Dios hable sensiblemente à cada hombre. Miserable prueba de la Religión.

blarles por sí mismo. Pues según esto no es tan verdad, que le costaría poco à Dios hablar con ellos.

§. VII.

No es mas segura ni mejor considerada la otra prueba que quisieran de la revelacion. Dos reglas de fé dicen ellos mismos que dan à sus proselitos, y que ambas se reducen à una, conviene à saber, la razon y el Evangelio. Que la regla del Evangelio será tanto mas inmutable (1), quanto no se fundará sino sobre la razon natural, y no sobre ciertos hechos que necesiten de ser testificados por hombres. No les falta razon para confesar lo mal que hablan llamando dos reglas à las dichas, debiendo llamarla una sola, que es su propria razon ò sinrazon. Aqui piden que se ponga el juicio de la revelacion. Con que si hemos de probar la existencia de esta, y su proprio hecho, no hemos de mirar à lo que en efecto es ò ha sido; sino à lo que argumentando y discurriendo pueda cada uno inferir acerca de lo que ha podido ò debido ser.

¡Raro modo de probar la existencia y verdad de los hechos! Dejará el sol de existir, y lo mismo la tierra en sus situaciones respectivas, porque se discurran algunas dificultades sobre esta existencia? ¿Se negarán los diferentes tratados que realmente se han hecho entre diversas Cortes, porque una política cavilosa, que razona de todo, infiera algunos in-

(1) Rouss. Lett. 1. de la Montag. pag. 19. Nos proselités auront deux regles de foi qui n'en font qu'une: la raison & l'évangile: la seconde sera d'autant plus immuable, qu'elle ne se fondera que sur la première, & nullement sur certains faits; les quels ayaant besoin d'être attestés des hommes.

inconvenientes que podrán seguirse; ò porque dichos tratados no son conformes à lo que se esperaba de las pretensiones y disposiciones de las Cortes contratantes? Vanos publicistas (entrará uno y les dirá) ¿para qué perdeis tiempo en probar que no puede ser, lo que publicamente se está viendo que es? ¿De que à vosotros os parezcan peligrosos estos tratados, podeis inferir que no se hayan en efecto hecho, y hecho con acierto por los que saben mejor y mas de cerca sus intereses? ¿No vemos una paz entablada entre esta Potencia y la otra? No estamos viendo sus efectos, como el comercio de ellos con nosotros; la entrada y salida de sus naves en nuestros puertos? Quién no dirá que sois unos locos, quando os empeñais por vuestros discursos en hacernos negar ò dudar este tratado de paz? Igual locura es querer probar ò reprobear la existencia de la Religion y su promulgacion, si en efecto está hecha; porque un discurridor ò hablador saque por sus cuentas algunos inconvenientes ò dificultades contra el tal acto público (1).

Al terminar los Pseudo-filósofos esta manera de probar la revelacion del Evangelio, se olvidan de sus mismos empeños: porque no cesan de clamar, que las pruebas de la revelacion deben ser claras y de la esfera de todos los hombres. La mejor de todas las Religiones, dicen, es la que mas bien se percibe y propone las verdades (2) sensiblemente al

Gg 2 es-

(1) Ab. Pulch. prepar. évang. discour. prelimin.

(2) Si la Religion naturelle est insuffisante, dites vous, c'est par les obscurités qu'elle laisse dans les grandes vérités, qu'elle nous enseigne; c'est est à la revelation de nous enseigner; ces vérités d'une manière sensible à l'esprit de l'homme, de les mettre à sa portée, de les lui faire concevoir, à fin qu'il les croye. La foi s'assure & s'affermie par le entendement. La meilleure de toutes les Religions est infailliblement la plus claire. Emil. tom. 3. pag. 138.

XXVII.
Se examina otro modo, con que piden se pruebe la existencia de la Religion

XXVII.
Se examina otro modo, con que piden se pruebe la existencia de la Religion

XXIX.
Contradican à sus reglas que disponen la factibilidad de las pruebas de la Religion, y otras implicaciones en que caen.

espíritu humano. En esto ván (por fortuna) consiguientes á sí mismos quando asientan, que ninguno debe admitir ideas á que no esté primero bien convencido. Por eso piden la evidencia de los mysterios, y que se les hagan palpables y de bulto las cosas mas espirituales.

Segun esto, quando ahora reducen la existencia del Evangelio y de toda nuestra Religion á la prueba de los racionios y discursos, sacan á la Religion de la esfera del comun de los hombres. Porque si su verdad se ha de probar ó reprobado por razonamientos seguidos, siendo tan pocas las personas capaces de hacer por sí mismas estas discusiones, se sigue que solamente los Filósofos ó Sofistas podrán admitir ó desechar las ideas de la Religion. Las mugeres, los rudos, los muchachos, y en suma el genero humano no podrá percibir alguna fé, ni culto. Esto se quedará reservado para los buenos razonadores, ó para quatro Filósofos Ateistas: y es un buen modo de que la Religion venga á ser de la esfera del espíritu humano y sensible á todos los hombres. Pero y si entonces se acuerdan de repetir que *la razon nos engaña ordinariamente, y que tenemos demasiado derecho para recusarla* (1); recusada la razon *para lo que tenemos tantos motivos*, qué regla nos queda, para creer el Evangelio? ¿En lugar de reducir sus dos reglas de fé á una sola, que es la razon, no diremos mejor que las reducen á ninguna, supuesto que la razon es tan recusable, y nos engaña continuamente?

De

(1) Trop Souvent la raison nous trompe, disiez nous ne avons que trop acquis le droit de la recuser. Emile tom. 3. pag. 21.

De aqui se infiere quan mentirosas son todas las balanzas de estos hijos de los hombres. Ellos pues no tienen alguna regla fiel de creer: no pueden dar alguna prueba por existencia, ni contra la existencia de la revelacion. Yá piden que se les pruebe por la razon, yá arrojan esta razon y la recusan, yá quieren que se les demuestre la Religion por hechos prácticos, yá se descontenta de estas pruebas, porque intervienen en ellas testimonios humanos (1). Con esto tornan al recurso de la razon, y nos hacen ver ellos mismos aquel círculo vicioso, en que nos dice el Psalmo, que andan los Impíos.

¡O cuán firme se muestra á vista de esta inconstancia el proceso cierto que sigue siempre la verdadera Religion! Ninguna tenia tanto derecho á ser creída sin exámen, porque es un Dios el que habla y el que pronuncia; pero como todo es en ella verdad y sinceridad, no teme sujetarse á las pruebas mas rigorosas. *Sospechosa es la ley*, dice Tertuliano, *que no quiere ser probada.*

Dos son los puntos cardinales, donde se pueden reducir, y resolver todas las dudas del entendimiento, sobre la autenticidad de la Religion revelada. El primero, si lo revelado será verdad. El segundo, si el que lo revela será Dios. Demostrada qualquiera de estas dos cosas, se quita á la razon humana de todo motivo de estar inquieta. ¿Por qué si conozco que es Dios el que me habla, y que no puede engañarme ni engañarse, qué desconfianza me debe quedar de todo quanto me revela? ¿Y si directa ó

XXX.
Se concluye que los Filósofos no dejan alguna prueba de la existencia de la Religion quando se meten á darlas.

XXXI.
plan de pruebas á que se sujeta nuestra Religion.

XXXII.
Se reduce á dos puntos, cada uno suficiente por sí solo.

(1) Ce sont des hommes qui nous attestent la parole de Dieu, souvent au contraire, nous aurions besoin que Dieu nous attestat la parole des hommes. Emile tom. 3. Lett. pag. 28.